



Acrílico No. 7

52" X 48"

1994

Fanny Sanín

Colección National Museum of Women in the Arts, Washington

F I L O S O F Í A

- Bachelard o la metafísica de la imaginación. El pensamiento bifloro.
- El desarrollo de la vida personal.

BACHELARD O LA METAFÍSICA DE LA IMAGINACIÓN.

El pensamiento bifloro

Miguel Ángel Sánchez*

Resumen: Este ensayo pretende mostrar algunos elementos que ayuden a comprender la unidad y prolongación recíproca de las dos vertientes divergentes de producción intelectual de Gaston Bachelard; a la vez que saca provecho de las ricas implicaciones de su sugerente método de la ensoñación, como camino filosófico seguro que Bachelard creyó encontrar para dinamizar el psiquismo, y proponer, de este modo, un nuevo cogito de integración no cartesiano que se colocará a la base de su producción epistemológica (ensoñación matemática), como de su ontología de la imaginación (ensoñación poética).

Palabras Clave: descubrimiento, creación, ensoñación, dinamismo intencional, cogito múltiple, voluntad de imaginar, topoanálisis.

Abstract: This essay approaches elements guiding comprehension of unity and reciprocal prolongation of two conflicting theses on work of Gaston Bachelard. Likewise, thoughts are enriched by the wonderful inferences of his suggesting method of alluring, as a philosophical path Bachelard believed to discover towards psychic dynamism. Thus, suggesting a new non-Cartesian integration cogitation placed on base of his epistemological work (mathematical alluring), as well as, of his ontology of imagination (poetic alluring).

Key words: breakthrough, creation, alluring, intentional dynamism, multiple cogitation, imaginative will, topoanalysis.

Résumé: Cet essai a pour objectif de présenter quelques éléments permettant la compréhension de l'unité et de la prolongation réciproque des deux tendances divergentes de production intellectuelle de Gaston Bachelard tout en tirant profit des nombreuses implications de la méthode suggestive de la rêverie comme chemin philosophique que Bachelard a cru trouver pour dynamiser le psychisme, et proposer ainsi un nouveau cogito d'intégration non cartésien qui sera la pierre angulaire de sa production épistémologique (rêverie mathématique) et de son ontologie de l'imagination (la poétique de la rêverie).

Mots Clef: découverte, création, rêverie, dynamisme intentionnel, cogito multiple, volonté d'imaginer, topoanalyse.

* Licenciado en Filosofía por la Universidad de San Buenaventura en Bogotá. Doctorando en filosofía por la Universidad de Navarra. Actualmente, profesor de Antropología y Antropología en el Departamento de filosofía del Instituto de Humanidades de la Universidad de La Sabana.

i hay alguien –afirma acertadamente René Poirier– en quien no podemos separar los diversos aspectos de su obra, ni, incluso, al pensador y del hombre, es Gaston Bachelard, dos naturalezas unidas en una sola persona. Su pensamiento está atravesado por un antagonismo cuya característica inicial es reenviarnos siempre a un más allá de nosotros mismos, pues nos reenvía a un pasado sin recuerdo y nos comunica con el hábito de un porvenir original; todo ello, gracias al dinamismo psíquico y alterno entre una conciencia imaginante y una conciencia racional, entre la imagen y el concepto, entre la razón y la ensoñación, animus y anima. Un doble dinamismo acuñado por el pensador de la champagne como le jour et la nuit.

Podemos pensar en un juego dual y complementario de dos funciones psíquicas: una que construye y organiza lo real dentro de un trabajo laborioso y detallado de coherencia racional (función de lo real); y otra que acoge poéticamente un universo de generosas experiencias de dicha en la ensoñación creadora cuando canta una cosmología (función de lo irreal). Un doble movimiento del espíritu, diríamos, define, por una parte, el progreso de la ciencia en su intento creativo de superar la natura naturata y, de otra parte, la conciencia imaginante con su función desrealizante y antirrepresentativa que, alcanzando profundidad e intensidad ontológicas, nos permite abrirnos sin cesar a la novedad de un mundo.

Podemos preguntarnos: ¿no existe una suerte de “androgenia filosófica” para explicar y discutir este esfuerzo intelectual bachelardiano resueltamente polar? ¿Imágenes y conceptos, poemas y teoremas pertenecen a dos mundos heterogéneos? ¿O, justamente por opuestos, son complementarios el uno al otro?.

Este ensayo pretende mostrar algunos elementos que ayuden a comprender la unidad y la prolongación recíprocas de las dos vertientes divergentes de la producción intelectual bachelardiana; a la vez que saca provecho, por sus ricas implicaciones, del sugerente método de la ensoñación como un camino

filosófico seguro que creyó encontrar Bachelard para dinamizar el psiquismo y proponer, de este modo, un nuevo cogito no cartesiano que se localizará tanto en la base de su producción epistemológica como en su ontología de la imaginación. Tomando energías elementales y luego, transformándolas, trasmutándolas, es como poeta, matemático y soñador se encuentran en la filosofía bachelardiana de la imaginación.

En principio, el beneficio inmediato que obtenemos de la poesía es que con ella nos transformamos, nos trasmutamos. Bachelard decía que “a algunos poetas solitarios les está reservado el vivir en estado de metamorfosis permanente”. Y justamente sus reflexiones sobre lo humano apuntaron a ver que, en el hombre, el valor de lo bello no puede ser reproducido; en primer término, tiene que ser producido. En este sentido encontró que el lenguaje es existencia, es posibilidad de descubrimiento; no está para reproducir el mundo sino que lo produce expresándolo, ensoñándolo. Para Bachelard, en el lenguaje, la vida misma del hombre pasa al modo de existencia de la vida nombrada. Una voluntad de imaginar se propone, entonces, en el hombre y el soñador de palabras muestra (no demuestra) desde ya que la vida poética es más que la vida.

Pero, contrariamente, “las palabras, en nuestras sabias culturas, se han convertido en instrumentos del pensamiento. Han perdido su potencia onírica interna” (PR,53)¹. Apreciamos en estas palabras un eco nietzscheano que destaca el nefasto camino occidental hacia la instrumentalización del pensamiento al devenir las palabras simples conceptos operativos. Bachelard, al igual que Nietzsche, entenderá que los conceptos y las imágenes son antitéticos: no existen entre ellos síntesis ni filiación asociacionista. “La imagen no puede dar materia al concepto. El concepto, al darle estabilidad a la imagen, sólo ahogaría su vida” (PR,84). Son, ciertamente, dos criaturas que se desarrollan y crecen espiritualmente sobre líneas

1 Gaston Bachelard, *La Poétique de la Rêverie*, PUF, Paris, 1960. En adelante lo citaremos como PR, tomándonos además la libertad de hacer directamente la traducción al español de las citas pertinentes de las demás obras en francés.

divergentes que se complementan al ser utilizadas adecuadamente en la doble dialéctica del descubrimiento y de la creación. El pensamiento de Bachelard no pretende reducir el onirismo al trabajo científico ni el trabajo científico al estudio de lo imaginario, sino, por el contrario, reivindica pedagógicamente el trabajo alterno. A los 76 años de edad escribía: "... demasiado tarde comprendí la buena conciencia en el trabajo alterno de las imágenes y de los conceptos, dos buenas conciencias que serían las del pleno día y la que acepta el lado nocturno del alma" (PR, 87).

La sensibilidad de Bachelard y –parafraseando a Pascal– su *esprit de finesse* se unieron pronto con la sutileza y la penetración de la crítica fenomenológica en contra de la burda instrumentalización del pensamiento y del lenguaje: de ahí surge a mi entender, su propuesta de una filosofía compleja y compuesta por una flor doble, bífida, que ame las palabras y las cosas, que ame las metáforas y los conceptos, con "un amor de gramático y de botánico", repetía: en contra de aquellos amores usuales del lenguaje y las correspondientes pragmáticas derivadas de ello, nos advertía en *La Poétique de la Rêverie*, de 1960: "amar las cosas por su uso implica masculinidad,... pero amarlas íntimamente, por sí mismas, con las lentitudes de lo femenino, nos lleva al laberinto de la naturaleza íntima de las cosas". Aquí, la buena conciencia reconoce su doble naturaleza, masculina (conceptos) y femenina (imágenes): dos polos opuestos y complementarios que tensionan el desenvolvimiento de toda la actividad psíquica.

Bachelard se doctoró en filosofía en 1927 (a los 43 años) en la Sorbona con una tesis titulada *Essai sur la connaissance approché*, dirigida por uno de los primeros historiadores franceses de las ciencias, Abel Rey, y por el matemático y filósofo Léon Brunschvicg, por quien profesó gratitud y admiración. El siguiente año, la editorial J. Vrin, de París, publicó su tesis doctoral, así como la tesis complementaria para el mismo doctorado titulada *Études sur l'évolution d'un problème de physique: la propagation thermique dans les solides*. Posteriormente, en 1930, se traslada a la Universidad de Dijon, donde impartirá clases de Filosofía de las Ciencias. Es en este periodo de Dijon cuando comenzará a alternar sus trabajos de epistemología con la serie de trabajos dedicados a la ensoñación. Al respecto, en un pequeño trabajo

de 1931-32, titulado *Noumène et Microphysique*, advertía que poeta y matemático deberían saber que el tejido del pensamiento racional está hecho de interconceptos, esto es, de conceptos que no reciben su sentido y su rigor sino de sus relaciones racionales, que "funcionan en un campo conceptual constructivo". Según esto, el saber racional aumenta la virilidad al conquistar la "abstracción constructiva", al abrirse al paciente trabajo de las posibilidades realizadas en el descubrimiento. Bien valdría la pena complementar lo anterior diciendo, con el Nietzsche del Origen de la tragedia, que, en matemáticas, el conocimiento absoluto celebra sus saturnales².

De modo inverso, el saber va ganando feminidad en la ensoñación lenta de las imágenes. Una fenomenología de la ensoñación muestra (de ninguna manera demuestra), entonces, la permanencia de la feminidad. Razón por la cual Bachelard acogió la noción junguiana de arquetipo. La ensoñación es la manifestación del anima, arquetipo femenino o imagen femenina primigenia –por oposición al Animus o arquetipo masculino– que se encuentra en la memoria colectiva de los pueblos y se manifiesta en el sueño en forma simbólica (discurso pictórico). Es por la ensoñación como evidenciamos un uso poético de las imágenes; al ponerlas en marcha, "se inicia entonces el sueño sin proyectos, sin pasado, toda la presencia de la comunión de las almas en el silencio y en la paz de lo femenino" (PR, 73)³.

La fenomenología de la imaginación creadora que Bachelard propone es totalmente activa. No existe, propiamente hablando –piensa Bachelard–, en lo que se refiere a la imaginación, una fenomenología

2 Cfr. F. Nietzsche, *El libro del filósofo*, Santillana Madrid, 2000, p. 25. En relación con la referencia nietzscheana en Bachelard, ver el trabajo de Pascal Nouvel, "Bachelard et Heidegger, lecteurs de Nietzsche", Pascal Nouvel (comp), *Actualité et postérités de Gaston Bachelard*. PUF, París, 1997, pp. 89-100.

3 Con la fenomenología de la imaginación tal como la entendió Bachelard, nos preguntamos si podemos devolverles a las palabras la vitalidad que perdieron en la lengua. Al igual que Schelling, Bachelard entendió la lengua como una mitología privada de vitalidad. Pero, al igual que Nietzsche, comprendió que un concepto es el residuo de una metáfora que olvidamos; es decir, los conceptos son restos de metáforas. Y, al igual que Federico Schlegel, entendió que el lenguaje es una creación de un solo impulso. Como fenomenólogo de la imaginación, Bachelard trató de revivir estos impulsos ensoñando las palabras. De ahí que se deslice un romanticismo de la comunicación (comunión) de las almas (lector-poeta) a través del lenguaje poético: conectar su propia alma de soñador-lector con la de un poeta-creador mediante la puesta en marcha del método filosófico de la ensoñación. Al respecto, ver Gaetano Righi, *Historia de la filología clásica*, Labor, Barcelona, 1969, cap. 9, p. 155.

de la pasividad. La imaginación es básicamente actividad, trabajo, “dinamismo intencional”. Mediante la intencionalidad de la imaginación, el poeta y su alma encuentran una apertura consciente que lleva a la verdadera poesía. Algo similar le sucede al fenomenólogo soñador de palabras, quien revive el impulso creador del poeta al conectarse con él; afirmaba Bachelard, con un eco del Romanticismo que lo acompañó: “qué gloria de lectura si logro vivir, ayudado por el poeta, conectándome con él, la intencionalidad poética” (PR, 54).

Como método de descripción del estudio de la imagen, la fenomenología cumple su cometido: hacer, de manera previa a toda teorización, que los fenómenos aparezcan a la conciencia tal cual aparecen, vehiculados por la ensoñación de palabras (una novedosa manera de leer poesía). Pensaba el filósofo Champenois que no es a partir de un saber como se puede soñar de veras, sin reservas: “soñar en una ensoñación sin censura”. Para que la imaginación aparezca en toda su dimensión de fenómeno humano, hay que admirarla con anterioridad en la imagen; “la imagen sólo se estudia mediante la imagen”: soñando las imágenes tal como se reúnen en la ensoñación.

Esta novedosa manera de leer ensoñando que nos propone Bachelard restaura y reivindica la inocencia y nos coloca en camino a la libertad conquistada. No se lee poesía pensando en otra cosa –afirmaba–: la fenomenología de la imagen nos pide que activemos la participación en la imaginación creadora. Es un privilegio fenomenológico que estemos abiertos, de esta manera especial, a las imágenes nuevas que nos ofrecen los poetas, sin preocuparnos por los “complejos” del poeta, sin hurgar en historias dolorosas como frecuentemente lo hace la crítica psicoanalítica. Desde que una imagen muestre las riquezas de sus variaciones, podremos pasar libremente de imagen a imagen, de un gran poeta a un poeta menor, y sentirnos por tanto verdaderamente libres. A la imagen poética es inútil buscarle antecedentes inconscientes. La fenomenología en manos finas, nos permite tomar la imagen poética en su propio ser, es decir, en su novedad e inocencia⁴.

Justamente la apertura a la inocencia, sistemáticamente despertada por la ensoñación, nos brinda

una acogida en los poemas. Con ello, además, Bachelard renueva el tema psicológico del maravillarse: “la sutileza de una novedad reanima orígenes, renueva y redobla la alegría del maravillarse” (PR,12). Esta poética es, pues, una invitación a que tomemos la alegría en su positividad, esto es, cuando la imagen poética surge como un nuevo ser del lenguaje. En este sentido, maravillarse poéticamente es estar prestos a la novedad y al nacimiento. Este último aspecto funciona poéticamente como metáfora de la libertad.

La reflexión llevada a cabo sobre la dinámica de las ciencias en la década de 1910 a 1920, en lo que se refiere a la novedad⁵, que trajeron consigo las geometrías noeuclidianas, la química no lavoisierana y la mecánica no newtoniana, la desarrolló Bachelard con envergadura filosófica en un texto como *La philosophie du Non*, de 1940. Allí definía la función normativa y descriptiva del No como una normatización y emergencia de la novedad, respectivamente, en relación con la posibilidad de pensar la discontinuidad tanto en la naturaleza como en la ciencia misma. La ciencia –pensaba– progresa y avanza por rupturas, por novedades radicales, por discontinuidades. De esta manera, la epistemología bachelardiana se constituye en una filosofía abierta a las posibilidades. “Una filosofía abierta es la conciencia de un espíritu que se funda trabajando con lo desconocido, buscando en lo real aquello que contradice conocimientos anteriores. La experiencia nueva dice No a la experiencia anterior... Pero ese No nunca es definitivo para un espíritu que sabe dialectizar sus principios” (PN,12)⁶.

En la filosofía bachelardiana, abrirse filosóficamente a las posibilidades, es abrirse a un pluralismo filosófico-científico-poético informado por los elementos diversos de la experiencia y la teoría.

4 En la poética de Bachelard estamos muy lejos de definir la poesía como lo haría un psicoanalista: un majestuoso lapsus de palabra. Al contrario, “la poesía es uno de los destinos de la palabra. Al tratar de afirmar la toma de conciencia del lenguaje en el plano de los poemas, tenemos la impresión de tocar al hombre de la palabra nueva, de una palabra que no se limita a expresar ideas o sensaciones sino que intenta tener un futuro. Se diría que la imagen poética, en su novedad, abre un futuro” (PR, 12-13).

5 Gaston Bachelard, *Le Nouvel Esprit scientifique*, Alcan, Paris, 1934; *La Dialectique de la durée*, Boivin, Paris, 1936; *L’expérience de l’espace dans la physique contemporaine*, Alcan, Paris, 1937.

6 Gaston Bachelard, *La Philosophie du Non*, PUF, Paris, 1940. En adelante se citará como PN.

La filosofía del “No” propuesta por Bachelard se desarrollará –pensaba–, al margen y en contra de las filosofías precedentes. En este sentido, es una filosofía no filosófica o, lo que es igual, una teoría no filosófica de la filosofía. En tanto que filósofo de la novedad radical, Bachelard supo dar un valor preponderante a la imaginación y a los experimentos mentales cuyo ámbito de acción es la actividad o potencia creadora en el doble registro complementario de la poesía y de la epistemología.

Ya Husserl había entendido que la imaginación transforma libremente al mundo. Ella es liberación humana, es un modo, entre otros, de referirse la conciencia intencional a los objetos reales en su ausencia. En este sentido, la imaginación sobrepasa la sensibilidad superando la aprehensión de lo real. Para Husserl, es el modo de pensar el objeto lo que decide si estamos percibiendo, recordando o imaginando. Cuando el objeto se encuentra presente, lo percibimos; por el contrario, cuando se encuentra ausente, lo recordamos o lo imaginamos. Para Bachelard, al igual que para Sartre, la imaginación, más que de formar imágenes (Husserl), es la facultad de deformar las imágenes traídas desde la percepción; es la manera como los humanos nos liberamos del peso de lo real. El *esprit de finesse* de Bachelard supo extraer las consecuencias metodológicas de la fenomenología al entenderla como el método filosófico privilegiado que permite “ver” no otra realidad sino “la otredad irreal de la realidad”. Se constituye de esta manera un punto de vista estrictamente otro que el punto de vista natural.

Atendiendo a lo anterior, la fenomenología de la imaginación bachelardiana es el estudio del modo como el poeta y el matemático desrealizan la naturaleza, cada uno en su propio ámbito de trabajo, para poder así trascender lo real; uno, mediante la ensoñación de palabras, el otro, mediante la ensoñación matemática; ambos, bajo una misma voluntad de imaginar o poder de metaforización.

En el registro epistemológico, dicha potencia espiritual se desplegará bajo la noción, acuñada por él, de “ensueño matemático”. Bajo dicha noción, la imaginación juega un papel a priori, constructor, matemático. El pensamiento científico se originará a partir de una imagen matemática, es decir, no

figurativa. En cuanto impulso creador, al igual que el *Élan Vital* de Bergson, juega básicamente con imágenes no geométricas sino matemáticas que se determinan en espacios de configuración no fácticos, no representacionales. Las metáforas de la microfísica –afirmaba– rompen con el “realismo reflejo”; de ahí, que los esquemas físicos “no” sean copia de lo real; sólo su organización es lo real. En sentido estricto, su organización matemática es su realidad, una realidad que bien podríamos llamar surrealista en la medida en que el físico, en coincidencia con el poeta, pretende desrealizar lo real para trascenderlo en la construcción organizada de un nuevo cosmos.

Bien decía George Cangilhem⁷, biólogo e historiador de la ciencia, que con Bachelard el pensamiento, bajo “un nuevo principio de integración”, se vitaliza. Y, ciertamente, ensoñación matemática y ensoñación poética se complementan en un único pensamiento que me permito caracterizar como Bifloro o de doble flor, esto es, que producirá frutos distintos y complementarios como el día y la noche.

En un pequeño trabajo de 1931 titulado *Noumène et Microphysique*, Bachelard exponía la manera como las experiencias científicas en microfísica son una ocasión o “pretexto para pensar”, puesto que las experiencias con el mundo subatómico y elemental son constructos de la mente humana para organizar racionalmente los fenómenos a medida que va aumentando precisión: “la sustancia de lo infinitamente pequeño es contemporánea de su relación”. En microfísica, los objetos aislados y únicos pierden sus propiedades sustanciales (cósicas), tal como se afirmaba en el principio de incertidumbre de Heisenberg (1927), tan valorado por Bachelard. Sólo existen propiedades sustanciales –afirmaba– por encima de los objetos microscópicos. Quiere decir esto que intentar aislar un corpúsculo (localización y momento) es más un medio de análisis que un verdadero objeto empírico; su existencia estadística determina todo un mundo por construir y explorar.

Esta manera bachelardiana de pensar las experiencias de las ciencias arremete directamente contra la fe empirista de lo “cósico” y sus inmediatas

7 Ver la presentación realizada por G. Cangilhem de *Études...*, Vrin, Paris, 1970.

consecuencias para toda la ciencia del siglo XIX, que se ofrecía como un conocimiento homogéneo, organizado por una razón universal y estable. “Pensad, medid, contad” era el ideal empirista cuya fe repetía sin cesar: ver para comprender. Todo lo contrario: desindividualizan lo real-cósico-aislado es como el físico otorga mayor importancia a la organización racional de sus constructos. “Se trata de la primacía de la reflexión sobre la percepción, de la preparación noumenal de los fenómenos técnicamente contruidos. Debemos demostrar que lo que el hombre hace en una técnica científica no existe en la naturaleza y ni siquiera es una serie natural de fenómenos naturales” (RA, 101-102)⁸.

Pero rápidamente comprendió Bachelard que los objetos están representados por metáforas, de ahí que “su organización aparenta realidad”. Lo verdaderamente hipotético-metafórico es el fenómeno trabajado, de tal suerte que el contacto aproximado que sostenemos con la realidad son sólo datos confusos, provisionales, convencionales⁹. Al referirse al dato, nos dice: “No se trata de un juez ni de un testimonio: es un acusado, y un acusado al que tarde o temprano se condena por mentir. El conocimiento científico es siempre la reforma de una ilusión” (NES,14).

Así pues, en el marco de una filosofía espiritualista de finales del siglo XIX y comienzos del XX, con un escaso interés por el discurso de las ciencias y un marcado acento utilitarista en sus conceptos medulares, la aventura bachelardiana se propone como una filosofía disolvente y abierta o, mejor aún, integradora. La ciencia es sólo una pequeña aventura –decía en un congreso internacional de filosofía de las ciencias llevado a cabo en 1949 en el anfiteatro Richelieu de la Sorbona–, una “aventura

en los mundos quiméricos de la teoría, en los laberintos tenebrosos de experiencias ficticias”¹⁰.

Pero el pensamiento bífloro no descuida la presencia de la feminidad en el pensamiento del hombre¹¹. Un pensamiento de doble flor activa su voluntad de imaginar mediante un “cogito múltiple” bajo la dialéctica poética animus-anima. La polaridad solidaria de la inteligencia creadora mostrará que, mientras la imaginación comienza, la razón recomienza.

En La poética de la ensoñación, texto de 1960, planteó claramente su método de introspección del tipo del sueño meditativo o Reverie. En la ensoñación, el soñador está presente en su ensoñación, es un ego que no se pierde en la mar insondable del sueño profundo. Un nuevo cogito se anuncia para el soñador en el punto donde éste se fusiona con su imagen (sueño, luego existo), un cogito que no está dividido en la dialéctica del sujeto y del objeto. El cogito múltiple del ensueño meditativo no se enfrenta al mundo ni a los objetos, sino que los acoge bajo una lógica sentimental de implicación. El cogito de la ensoñación, al igual que un chaman, reintegra las rupturas del pensamiento analítico para luego

8 Gaston Bachelard, *Le Rationalisme Appliqué*, PUF, Paris, 1949, cap. IV, pp. 101-102, citado como RA. Al respecto, Bachelard acuñó por primera vez la noción de “fenomenotécnica” en *Le Novel Esprit scientifique*, Alcan, Paris, 1934, p. 13, citado como NES, con lo que pretendió resaltar el carácter activo y constructor de la fenomenología científica por oposición a la fenomenología clásica. “La véritable phénoménologie scientifique est bien essentiellement une phénoménotechnique” (NES, 13); ver además *La formation de l’esprit scientifique*, Vrin, Paris, 1938, p. 61 (FES); *Le Materialisme Rationnel*, PUF, Paris, 1953, p. 65 (MR).

9 Retomando su conocida tesis doctoral sobre el conocimiento aproximado (*Essai sur la connaissance approché*, Vrin, Paris, 1928), reconocemos su anticartesianismo. Igualmente, en 1934 leemos, “Nada más anticartésiano que la lenta modificación espiritual que imponen las aproximaciones sucesivas de la experiencia, sobre todo cuando las aproximaciones mas acosadas revelan pobreza orgánicas desconocidas por la información primera” (NES, 142).

10 En un homenaje que le escribió Bachelard al matemático, maestro y amigo personal Léon Brunschvicg (“La philosophie scientifique de Léon Brunschvicg”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, janvier-avril, 1945, p. 77) se deja entrever el tipo fecundo de racionalismo de integración representado en su maestro y amigo. A él se refirió como a un verdadero filósofo de las ciencias, de serena meditación metafísica quien entendió la razón como una fuerza doble de integración y de diferenciación. Su esprit de finesse se conectó con el de Bachelard al intentar una síntesis de reciprocidad exacta entre experiencia científica y coherencia racionalista. Fue Brunschvicg el maestro y amigo exacto para una inteligencia que se abrió como un delicado instrumento musical que se afina en su ejecución misma, es decir, “en la proliferación de problemas”. “Cómo decir mejor que la inteligencia es doblemente creadora, que ella ofrece las obras, y que prepara a la humanidad las emergencias” op.cit., p. 83.

11 En PR, 58, Bachelard pensando en los poetas -en concreto se refería al poeta, novelista y entomólogo Charles Nodier (1780-1844)- quienes -pensaban- mantenían un doble amor, por las palabras y por las cosas, alejándose de la instrumentalización del lenguaje y del pensamiento. Reflexionando con el poeta, Bachelard creía situarse oníricamente entre las palabras y las cosas, en el camino semántico en donde los objetos se unen a su nombre de manera arbitraria para tomar sus propios “valores de verdad”; creía alcanzar de esta manera una “zona intermedia” de la conciencia, en donde el lenguaje enmascara una “feminidad perdida en medio de sonidos masculinos” a manera de imagen sensible de la alteridad. En este punto Bachelard cita *Le Deuxième Sexe*, de Simone de Beauvoir: “La mujer es el ideal de la naturaleza humana y el ideal que el hombre plantea ante sí mismo como el otro esencial, y lo feminiza porque la mujer es la figura sensible de la alteridad”. Es, pues, en las zonas intermedias, en los umbrales, donde el filósofo soñador de palabras busca al hombre, lo busca entre las palabras y las cosas. “Luego, retrocedamos con nuestros sueños todavía más, hasta el punto de perdernos al querer saber cómo un objeto ha podido encontrar su nombre. Soñando entre la cosa y su nombre, en la modestia de los seres familiares” (PR, 60).

reinterpretarlas en una nueva totalidad. Aquí, sanar y ensoñar se confunden al reconciliar-restaurar nuestra dimensión temporal con lo eterno; el ensueño nos instala en el tiempo simultáneo y acausal de las estructuras antropológicas de lo imaginario, así como en los planos mitosimbólicos del pensamiento.

El tiempo bachelardiano de la ensoñación es un tiempo mítico y arquetipal. Es, pues, en el plano del sueño vigilante donde el hombre ritualiza el tiempo, donde “narra” las emergencias de la vida. Aventurándonos a acercar la hermenéutica del español Andrés Ortiz Osés con el pensamiento múltiple de Bachelard, diremos que el auténtico cogito del soñador es la “narratio”, el relato, narrado por un pensamiento imaginal, de las metáforas del existir libre.

Ahora bien, si mediante el ensueño vigilante ahondamos en los planos mitosimbólicos de las cultura y en el tiempo “arquetipal”, es posible, entonces, conectar la metafísica de la imaginación bachelardiana con el repertorio de problemas antropológicos del círculo de Eranos (Azcona, Suiza 1933-1988). Grupo interdisciplinar aglutinado primero bajo las ideas de C. G. Jung, y luego animado por H. Corbin. Uno de los miembros más activos fue el historiador de las religiones Mircea Eliade, quien entendía que el mito regenera el tiempo profano de una manera ritualizada, implicán-dolo con el Gran Tiempo redentor, tal como en el ensueño poético el hombre ritualiza el tiempo por medio de la narratio arquetipal.

Los antropólogos del Círculo de Eranos observaban al respecto, que el “ritual” es una manera como el hombre valida la realidad; allí se dramatiza la lucha cósmica por la integración de todos los ordenes ontológicos divergentes.

De otra parte, los límites del pensamiento polar y bífloro en la filosofía de Bachelard muestran que existen umbrales no topológicos sino de orden ontológico, en los cuales es posible instalarnos humanamente bajo el modo del habitar. En este aspecto, el hombre es aquel ser que habita sus propios umbrales morando, instalándose humanamente con su prójimo, por medio de una implicación activa, lenta, profunda, en los ritmos del alma y del cosmos.

La incursión fructífera de Bachelard en la tematización de una poética del espacio hizo brotar un sinnúmero de problemas que giran alrededor de la estructura espacial de la existencia humana. La poética del espacio es, entonces, el estudio del espacio feliz del hombre (para ello acuñó el término de topofilia). El hombre habita los espacios que construye; ayudado por la ensoñación, va aprendiendo (ascética metódica) a conquistar su intimidad. Nuestra alma es una morada –decía– que debemos aprender a habitar; allí nos alojamos. Hasta los recuerdos y los olvidos se encuentran allí alojados.

Todo el tema de la casa de los hombres será desarrollado por él en 1957 en *La Poétique de l'espace*. Allí mostraba cómo, gracias a los ensueños, habitamos lugares inhabitables mediante las imágenes vividas. En dicho estudio, Bachelard lúcidamente descubre los espacios de la intimidad, permitiéndonos ver que el fenomenólogo tiene que describir primero lo que se imagina, antes de lo que conoce, es decir, debe encarar lo que sueña antes de lo que comprueba. “El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido, [...] no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación” (PE, 29).

Como filósofo sutil encontró Bachelard que, en el interior de los límites que el hombre protege, los espacios vividos de la intimidad concentran ser, “promueven ser”. Son espacios que se constituyen con un valor de “protección” porque son valores dominantes, es decir, imaginados. Encontramos, de esta forma, que en la intimidad del hombre existen además espacios de hostilidad, de odio, de combate, de soledad; espacios de esperanza o de paz. Aquellos espacios de la casa nos enseñan, en último término, a morar (*demeurer*), a morar en nosotros mismos.

Es por ello por lo que el problema de la poética de la casa se constituye en la investigación de las imágenes de la intimidad. Éstas remiten directamente a un topos existencial donde, por ejemplo, los recuerdos moran en los rincones de la casa y en donde, además, nos gusta “agazaparnos”. Agazaparse –decía Bachelard– pertenece a la fenomenología del verbo habitar.

Bachelard entendía cómo en los espacios vividos de la intimidad existían regiones, zonas y lugares cualitativamente distintos para cada habitante, su discontinuidad no posee analogía con los espacios geométricos euclidianos. Son estos espacios que se nos dan cerrados y finitos, pero que pronto, ayudados por la pedagogía del habitar, se van ensanchando hasta el infinito. Una poética del espacio, así entendida, mostrará cómo los lugares que el hombre habita no son una zona de valor neutral y constante, sino que se ligan al hombre vital, fluctúan con él y con el cosmos. De este modo, las dialécticas de las relaciones vitales se cargan de sentido para el hombre. En otras palabras, los espacios del hombre significan, y en ellos el sujeto que mora vive pleno de sentido. Ambos, hombre y espacio, en íntima dependencia, se constituyen en su propio correlato dentro de la filosofía espacial bachelardiana, cuyo tema vertebral consistió en la delimitación de la estructura espacial de la existencia humana.

De esta forma, creemos que con Bachelard se abren varias vías de reflexión filosófica en la perspectiva de la construcción de una ontología de la pluralidad, logrando implicar, bajo un “nuevo principio de integración”, al pensamiento y a la imaginación, y a éstos con los ritmos de la vida. Podemos afirmar, entonces, que la interrogación fenomenológica acerca de los espacios de la intimidad¹² abrió un camino fecundo en la comprensión del hombre y de la metamorfosis de su mundo. Cercano a una perspectiva como la de Novalis, pensaba este filósofo de la champagne, que el hombre se define por el conjunto de tendencias que lo llevan a superar la condición humana. Pues bien, al servicio de esta transmutación se encuentra la imaginación en el hombre.

El conocimiento, en tanto que representación del mundo (es la pretensión de toda forma de idealismo trascendental), adquiere valor tautológico de verdad al repetir mentalmente el mundo referencial. Pensemos, por ejemplo, en la adecuación isomórfica entre mundo, pensamiento y lenguaje en el Witt-

genstein del *Tractatus*... La mente, guiada por la fe isomórfica, reproducirá lo real sin agregar más valor que el epistémico.

Contrariamente, la filosofía de la imaginación de Bachelard es una reflexión acerca de la manera como el hombre amplía los valores de la realidad. Ella es, además, una advertencia contra las formas científicas de descripción experimental y de explicación natural que tienen la pretensión de alcanzar definitivamente la “objetividad”. No basta tampoco considerar la “casa” como un objeto psicológico del cual puedo hacer ensoñaciones ni considerarla como un objeto lógico del cual puedo elaborar juicios. Muchísimo menos se trata de la descripción burda de las casas, señalando sus aspectos pintorescos, analizando su comodidad y diseño arquitectónico. Todo lo contrario: “es preciso rebasar los problemas metodológicos de la descripción –sea esta subjetiva u objetiva, es decir, sea que narre hechos o impresiones– para llegar a las virtudes primeras, aquellas donde se revela una adhesión, en cierto modo innata, a la noción primera del Habitar” (PE, 36).

Se trata, pues, de preguntarnos cómo habitamos nuestro espacio existencial, “cómo nos enraizamos, de día en día, en un rincón del mundo”. Así, quien tiene poco por describir en la casa (escasez poética) no permanece mucho en ella, no “demora”. Al contrario, una filosofía espacial nos invita a morar bien. Para morar bien hay que describir bien. La imaginación labora en este sentido al construir su propio albergue: “Veremos a la imaginación construir muros con sombras impalpables, confortarse con ilusiones de protección. En la más interminable de las dialécticas, el ser amparado sensibiliza los límites de su albergue. Vive la casa en su realidad y en su virtualidad, con el pensamiento y los ensueños.” (PE, 37).

El soñador del hogar ahonda en los refugios y albergues de la casa. En sentido estricto, ensoñar la casa y sus espacios no tiene otra oferta que no

12 Bachelard prefirió acuñar la noción de “topoanálisis” para designar aquella disciplina (fusión de la fenomenología con el psicoanálisis) que estudia sistemáticamente los parajes de nuestra vida íntima. Quiso que fuera un análisis auxiliar del psicoanálisis. El topoanalista que interroga, a diferencia del psicoanalista, efectúa un análisis de nuestro ser, indicando, en el plano de nuestros ensueños, los espacios de nuestra soledad. El topoanalista

recurrirá para ello al tipo de preguntas como: ¿era grande la habitación?, ¿de dónde venía la luz que caía en el rincón? ¿cómo se saborean los silencios, tan especiales, de los diversos albergues del ensueño solitario? Cfr. PE, 40. Al respecto, insistía en que la imaginación trabaja en beneficio de los espacios interiores y por tanto promueve la acción. De esta forma, en los espacios de intimidad, el “estar” es “bienestar”; por tal condición, el topoanálisis adquiere la característica de topofilia.

sea brindarnos bien-estar. Antropológicamente, podemos preguntarnos, con Bachelard: ¿cuál es el beneficio más precioso de la casa? La casa alberga el ensueño y protege al soñador, “la casa nos permite soñar en paz”. La casa es, ontológicamente, el primer mundo del ser humano. Sin la casa, el hombre sería un ser nómada y disperso. Por la casa, el hombre es cuerpo y alma. En último término, pensaba Bachelard, la casa sostiene al hombre.

Las implicaciones metafísicas de la reflexión espacial bachelardiana nos incitan a que pensemos que la metafísica, ubicada en el momento en el que el ser es “lanzado al mundo” (arrojado a existir), es una metafísica de segundo orden que pretendió saltar por encima de una metafísica preliminar. Pensamos, con Bachelard, que antes de ser lanzado al mundo (Dasein), “como piensan los metafísicos rápidos, el hombre es depositado en la cuna de la casa”. La casa, como arquetipo de la feminidad, es una “Gran Cuna”: “La vida empieza bien, empieza encerrada, protegida, toda tibia en el regazo de una casa” (PE, 40).

Si en Nietzsche la voluntad de poder define el ámbito de lo propiamente humano, y en Foucault la fuerza descentradora de lo antropológico es la voluntad de saber, en Bachelard la Voluntad de imaginar define todo un campo poético del pensamiento bífloro, en el cual transcurre la marcha ejemplar del

hombre hacia los dominios de la soledad maravillada, de la ensoñación meditativa, del bienestar y la protección producidos al morar en los parajes de nuestros espacios, de la dicha de vivir poéticamente la vida moral de los valores imaginarios, de la laboriosa construcción de interconceptos y valores provisorios de verdad en el racionalismo aplicado. En Bachelard, la voluntad de imaginar, esa fuerza vital deformadora se abre, en último término, hacia el bien del hombre para volverlo amistoso y reconciliarlo con la vida y con el cosmos. De ahí que toda conducta verdaderamente humana sea metafísica, siempre que se trate –decía Bachelard– de los poderes de la metamorfosis. ■

